

RUPTURA GENERACIONAL EN EL CONOCIMIENTO LINGÜÍSTICO

Sergio Parrillas Manchón

El mundo está en constante movimiento, aunque para algunos solo gire alrededor de su tiempo. Los ídolos de antaño no son los de ahora, aunque Madonna siempre reinará y pocos pueden rebatir eso. Lo mismo pasa cuando hablamos de lingüística: tenemos a leyendas del rock inmortales como Chomsky, e incluso algún clásico como Saussure. Sin embargo, del mismo modo, también existen cantantes que triunfaron en su época y conviene no volver a escuchar más.

No somos conscientes de la velocidad con la que giramos y nos tambaleamos en un vértigo epistemológico. No obstante, muchos jóvenes, algunos por nuestra edad, otros por su espíritu, cada vez podemos observar con mayor visibilidad una frontera que, si no es decididamente generacional, sí incide con total radicalidad en la forma en la que percibimos el lenguaje, las lenguas y, en general, los sujetos y los objetos que nos rodean. No es una diferencia que se pueda apreciar tanto en el ámbito científico, pues este siempre trata de encauzar cualquier tesis desde el rigor. Sí es una diferencia que podemos notar fácilmente en el manejo del conocimiento lingüístico de algunas instituciones, intelectuales y columnistas sobre la lengua.

Estamos cansados de abrir la web de cualquier periódico de tirada nacional y ver solo titulares del tipo «Internet es uno de los principales responsables de la decadencia del lenguaje» o «Los jóvenes cada vez tienen peor competencia lingüística». Si aparece la palabra «neologismo», lo hará atravesada por un campo semántico que desprecie la natural integración de estos en nuestra lengua. La lengua española ha de mantenerse pura y alejada del influjo del inglés, pero... *joh, qué tiempos en los que España era un imperio!* También provocan hastío las entradas de blogs y las columnas que se sorprenden de forma no muy grata porque la RAE admite términos que atentan contra su impoluto lexicón. Nosotros, que somos estudiantes de lingüística, sabemos que ese tipo de prensa no se puede considerar divulgación científica, pues carece de rigor y se limita a ser una extensión del adagio latino «o tempora, o mores». Una falacia fosilizada en tópico que

consiste en desprestigiar a las nuevas generaciones como estrategia autocomplaciente de verse instalado en una generación superior. Sin embargo, lo cierto es que estamos en la época de mayor generación de conocimiento lingüístico, conocimiento que nos permite aborrecer tan monótona y reiterada cantinela.



Por ello, nos produce algo más que hartazgo leer ciertos artículos de Javier Marías o Arturo Pérez-Reverte, quienes pueden ser unos magníficos escritores, pero cuya formación científica sobre el lenguaje deja mucho que desear. Máxime cuando esconden tesis clasistas o machistas entre sus líneas. Del mismo modo, nos planteamos por qué una institución con el prestigio de la RAE sienta a escritores o periodistas en los sillones en los que habrían de estar lexicógrafos, semantistas y sociolingüistas. Como si cantar de forma prodigiosa te hiciese un experto en las características acústicas de los sonidos. Aunque de los restos decimonónicos de la RAE hablaremos después.

Nosotros, muchos aún estudiantes, otros ya estudiados, estamos acostumbrados a leer a gente que sabe de lo que habla, como Lola Pons o Elena Álvarez Mellado. Somos más de Nacho Iribarnegaray (*Vanfunfun* en YouTube) o de Moreno Cabrera que de Álex Grijelmo. A este respecto, no solo preexiste una cuestión de progresismo contra conservadurismo. También una cuestión de precisión y deconstrucción. Hemos dejado atrás los sesgos románticos sobre la lengua patria. Somos radicalmente descriptivistas y rechazamos el etnocentrismo y todos esos sesgos y prejuicios que ya criticaba Jesús Tusón en sus obras de divulgación, de las cuales nos hemos nutrido en nuestra más tierna infancia investigadora. Somos aquellos que fruncimos el ceño ante quienes defienden la supremacía del castellano sobre lo que consideran «dialectos peninsulares». Para nosotros la lengua no es solo una serie de relaciones, funciones, combinaciones y oposiciones. La lengua es un sistema de construcción de significados cuya materialización efectiva se hace en el habla dentro de un marco comunicativo y supeditado a una forma de cultura, en el cual todas las facultades cognitivas entran en acción de forma integral.

Bajo estas motivaciones, hemos de hacer una crítica a la RAE, ese gigante con los pies

de barro. Un órgano que parece que no ha superado en algunos aspectos su ideario ilustrado. Sorprende su heterogeneidad: lo mismo hay departamentos científicos de excelso rigor y colaboraciones de grandes gramáticos como Ignacio Bosque, que nos encontramos con que una decisión de gran trascendencia lexicográfica se halla afectada por la voz de unos señores cuyos únicos fundamentos se basan en impresiones culturales sin hacer una reflexión lingüística, ni siquiera de calidad científica. Nos encontramos con un diccionario que todavía sigue publicándose en papel pese a la inutilidad de este formato y cuyo potencial en línea no es aprovechado. No obstante, hay maravillosas excepciones, como Enclave RAE. Estamos ante un diccionario que pretende ser sincrónico y recoge el uso actual, pero nos encontramos con adaptaciones ortográficas impuestas que no usa nadie como «cederrón» o con términos que deberían incluirse en un diccionario histórico, ya que entran en conflicto con la contemporaneidad. A veces podemos observar cómo la RAE depura su diccionario de arcaísmos; sin embargo, este movimiento es azaroso y arbitrario. La institución es todo un mundo de luces y sombras, que, si le sumamos su crisis económica, deja mucho que desear para la nueva epistemología que se está tejiendo, ya desde unas cuantas décadas, entre los y las —desdoblado con orgullo— lingüistas. En ocasiones, actúa como voz de la razón cuando pequeñas partes de colectivos y empresas tratan de censurar definiciones por motivos ideológicos, olvidando que precisamente la Academia ha de tener una actitud descriptivista sin corregir el testimonio que recogen de los hablantes. En otras tantas, la RAE ofrece argumentos insuficientes, como en el rechazo del lenguaje inclusivo. Se basan en percepciones vagas sobre el principio de economía o el carácter no marcado de los morfemas flexivos de género masculino, ignorando que el principio de economía no es el único que prevalece en todas las situaciones comunicativas y que la lengua es algo más que un sistema formal. Nuestro rechazo a la RAE no es absoluto: reconocemos su prestigio cuando el rigor con el que actúa lo merece. Creemos que ha de someterse a una reforma si no quiere enfrentarse a una paulatina disminución de su influencia y reconocimiento en el ámbito académico. La crisis económica no es el único problema de la legendaria institución.

Los referentes de gran parte de los lingüistas de todo el mundo, especialmente entre los más jóvenes, han cambiado. No creemos que existan formas de expresión lingüística más correctas que otras. De hecho, podemos ver el clasismo que hay detrás de quienes se chancean de cómo hablan las pobres masas incultivadas. Somos una generación crítica, repleta de energía, pero también de interrogantes. No obstante, no habríamos sido una generación tan fuerte de no ser por todos aquellos lingüistas que nos antecedieron y aportaron unos cimientos tan sólidos, lingüistas que alguna vez fueron vanguardia.

Reivindicamos unas instituciones y unos medios que concuerden con los avances científicos de nuestras disciplinas y que rompan con un pasado acientífico. Todos hablamos sobre la lengua, puesto que es un fenómeno que afecta a cada uno de sus hablantes, así como a la sociedad que conforman. Sin embargo, no debemos dar la misma autoridad y prestigio a todas las opiniones. No queremos romper con la historia del conocimiento lingüístico, solo que se deje de dar crédito a quienes dicen que el español se está empobreciendo y que la ralladura del limón cura el cáncer. Nuestra ciencia merece un respeto.